

Fernando Sánchez Mayáns, y la causa poética*

RENÉ AVILÉS FABILA

Fernando Sánchez Mayáns no es otra cosa que poeta, un poeta superior. Algunos podrán refutarme y decirme que también es dramaturgo, ensayista, diplomático y promotor cultural. Lo acepto, pero aun en tales casos sigue siendo un poeta superior, soberbio, dueño de las más complejas formas del verso. Sé, en efecto, del brillante dramaturgo, del ensayista excepcional, del diplomático, pero en el fondo está el poeta. Nunca ha podido sustraerse a su vocación original, la que adquirió en Campeche, cerca del mar y de los suyos, a los que más adelante les cantaría. En la diplomacia, como Torres Bodet, Paz y Gorostiza, tampoco dejó de ser poeta, trabajó y actuó como tal, con la dignidad y la distinción del prodigioso hacedor de versos, lo mismo en el escenario que en la tarea de representar a México.

Dentro de la maravillosa gama poética, Fernando ha seleccionado básicamente el soneto. Desconozco las razones. Quizá porque el soneto es una forma poética magnífica, tanto así que ha sido utilizada, en sus distintas variantes, por grandes poetas. Dante y Petrarca, Ronsard y Shakespeare, Baudelaire y Mallarmé; más recientemente Ezra Pound lo cultivó. En nuestro idioma, Jorge Guillén, Alexandre, Gerardo Diego y Dámaso Alonso lo escogieron para expresar pasiones y sentimientos. En México, Carlos Pellicer y Griselda Álvarez han sido sonetistas de excelencia. Dentro de esta lista de primer orden, Fernando Sánchez Mayáns ocupa un

lugar cómodo: los ha escrito genialmente, con brillantez y originalidad, con metáforas suaves y muy hermosas. Me llama la atención que a semejanza de Shakespeare, Fernando se exprese principalmente como dramaturgo y poeta. Ambos, ahora lo veo con más claridad, le dieron al teatro la dignidad del lenguaje poético.

No he sabido, pues, de otro Fernando Sánchez Mayáns que no sea poeta. Es posible que el mejor trabajo sobre Fernando sea el escrito por Vicente Leñero y que sirva de prólogo a Tres obras de teatro. Allí es analizado el dramaturgo que rápidamente tuvo un enorme éxito. Su trayectoria es impresionante y llena de triunfos; el mayor es *Las alas del pez*, una y otra vez premiada. Pero, insisto, en esa obra que en 1960 yo vi en escena, dirigida por Fernando Wagner, hay una poesía intensa en cada diálogo y en cada personaje, particularmente cuando Daniel, el pez, pierde las alas en un final conmovedor.

Como ensayista, Fernando es insuperable, y lo es a causa de su prosa poética. Rastros literarios es una prueba de ello, allí países, escritores, libros, son vistos por el ojo sagaz del poeta. Un poeta observa a otros poetas: Valéry, Paz, Whitman, Rilke, González Martínez, Chumacero, Novo. Los resultados son asombrosos, en breves páginas Sánchez Mayáns nos da retratos de gran profundidad y lo más novedoso es que en su apoyo sólo busca soportes poéticos. Por ejemplo, a Paz lo mira desde los ojos de Saint-John Perse y a González Martínez desde los de Paul Valéry. La prosa de Fernando intenta ser prosa, pero siempre deja rastros de su vocación inicial, la que, pese a sus andanzas, jamás abandonó y prevalece el delicado tono poético; es, para decirlo con mayor claridad, escriba lo que escriba, siempre hará prosa poética.

Sonetista perfecto, Fernando Sánchez Mayáns ha sido fiel al género. El soneto le ha servido para expresar sus más luminosas pasiones y sentimientos, quizá sus más oscuros deseos.



Alfredo Zalce

Fernando no lo sabe, o tal vez sí, pero mi amistad y admiración hacia él comenzó cuando vi *Las alas del pez* y poco más adelante cuando yo permanecía, tras bambalinas, absorto ante su dirección de una obra de Shakespeare: *Hamlet*. La diferencia de edades y su éxito me impidieron acercarme a él para manifestarle mi deslumbramiento. Más tarde, de alguna manera prodigiosa o mágica, comenzó un intercambio epistolar, alrededor de 1984, que culminó con un encuentro en Miami, cuando Fernando era cónsul de México. Allí conocí al hombre, al esposo, al padre, al amigo. En cada uno de esos casos, era un poeta, hablaba como tal, con suavidad y elegancia, a veces con reflexiones de gran agudeza, siempre con una sencillez desconcertante en un escritor de su talla. Pienso que ha sido poeta desde antes que en 1947, Enrique González Martínez así lo calificara en una cálida y estimulante dedicatoria.

El resto es más reciente. Nunca hemos dejado de ser amigos y nunca he cesado de admirar su arte como escritor, dramaturgo, ensayista y esencialmente como poeta. Su voz es extraordinaria y muy bella. Quizá se pierda un tanto, como la de su compañero de generación Rubén Bonifaz Nuño, en la ruidosa vulgaridad de nuestra época, pero tiempo habrá para refle-

xionar sobre sus excelentes metáforas, sus imágenes grandiosas estén en sus piezas dramáticas, sus ensayos o en sus sonetos incomparables.

Alí Chumacero ha escrito sobre Fernando: “Pero siempre, aun sobre el desaliento, Fernando Sánchez Mayans pone su depurado fervor por la poesía”. Sí, un poeta que ha escrito sobre la poesía y los poetas en un intento por explicar el fenómeno de la creación. El poeta lo dice mejor y más intensa y profundamente: “La materia sin voz nace ficticia/ y en los escombros crece la avaricia/ de apresar la belleza del poema.

Habrà que añadir la parte humana para redondear este brevísimo retrato: Fernando es un hombre bueno, generoso, incapaz de dañar al prójimo y ello sorprende en un medio famoso por sus tendencias destructivas, que busca la fama a través del escándalo y de la enemistad, incluso de la injuria. Con un escritor así, único, sin par, es imposible sustraerse a este muy merecido homenaje y agradecerle públicamente no sólo su luminosa poesía sino el haberme permitido el honor de su cálida amistad. ■

ravilesf@prodigy.net.mx
www.renevilesfabila.com.mx

*Palabras pronunciadas en el Homenaje al poeta realizado en el Palacio de las Bellas.